

Especies urbanas

PAPERS DE PREMSA – 10

Col·lecció dirigida per Emili Piera

Bel Carrasco

Especies urbanas

Prólogo de Emili Piera



**institució
alfons el magnànim
centre valencià
d'estudis i d'investigació**

VALÈNCIA 2020

Edición compuesta con los tipos Futura ND Bold en el cuerpo 14 y Adobe Caslon Pro Regular en el cuerpo 11; el interior se ha impreso sobre papel Clarex 1.27 Literatura Color 03 de 90 g/m² y la cubierta sobre cartulina Creator Silk de 350 g/m²

© 2020, del prólogo: Emili Piera

© 2020, Bel Carrasco Salvador

© 2020, de esta edición:

Institució Alfons el Magnànim
Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació
Diputació de València
Corona, 36 — 46003 València
Tel.: +34 963 883 169
contacte@alfonselmagnanim.com
www.alfonselmagnanim.net

ISBN: 978-84-7822-843-0

Depósito legal: V-645-2020

Diseño de la colección: Vicent Ferri

Diseño de la cubierta: Juanjo Gil

Fotografía de la cubierta: José García Poveda

el Flaco, calle de Cavallers, València, 2019

Maquetación: Nuntium Comunicació

Impresión:


IMPREMTA
DIPUTACIÓ DE VALÈNCIA

Prólogo

Bel Carrasco: la ciudad como bestiario

Se nota que Bel Carrasco es periodista, y de las buenas, por su talento imaginativo. Se alegrará que acabo de fabricar un oxímoron, o sea un casamiento de palabras bastante incompatible, pero lo sostengo y no corrijo. La realidad es tan mostrenca como una canal de buey. Hay que ir cortando la carne y fabricar los adobos y salsas que la hagan digerible. Eso es el buen periodismo con toda su estela de imágenes, metonimias y metáforas: como si se tratase de la misma *Odisea*.

Cuando Bel Carrasco recibió una oferta de las que no se pueden rechazar —ser becaria de *El País* al poco de nacer el periódico— ya se había curtido en la prensa valenciana así que la grumete era, como poco, oficial, además de agrónoma y, después, licenciada en Ciencias de la Información.

Pero no todos los días se presenta la ocasión, más que mediada la década de los setenta, de enrolarse en *El País* una especie de Pequod, barco que trataba de cazar a la ballena blanca del periodismo liberal, europeo e ilustrado ¡Y en España! Y que lo logró al menos durante tres o cuatro lustros. Luego ya vinieron los acomodados, los favores mutuos, las licencias y patentes y otras debilidades de la carne y el espíritu en las que no debo entrar por cortesía.

Sé que guardo en los estratos precámbricos de la memoria algún recuerdo de aquella primera Bel Carrasco, pero son impresiones fragmentarias, desdibujadas, como si pertenecieran a otras vidas y, tal vez sea así.

Después de más de diez años en *El País* como redactora de cultura, así en Madrid como en Barcelona, perdida del todo para el periodismo valenciano, la reencuentro en las páginas locales de *El Mundo* como articulista. Una articulista singular. Leer sus colaboraciones era como

comprobar que las lentejas llevan todo su acompañamiento canónico, que tu reloj no atrasa o que no se ha olvidado de felicitarte por tu cumpleaños aquella persona que de ningún modo quieres que se olvide.

Recordemos para los más jóvenes: después de unos años de importantes ingresos, de delirios que se llamaban multimedia y plataformas digitales, de prensa gratuita (o lo que es peor, regalada), de olvido del santo precepto que señala que con el periodismo se puede hacer de todo menos faltar a los hechos o esconderlos o no cobrar por tu servicio (aunque se vea en Internet), después de esta gran fiesta (con burbujas), digo, desaparecieron las ediciones regionales, las columnas retribuidas, los suplementos en la lengua local y, a veces, hasta el rinconcito digital para los desahogos.

Bel Carrasco alimentaba durante siete años, de 2011 a 2018, un blog en *El Mundo —Zoocity—* que fue, en cierto modo, la continuación de aquellos artículos porque lucía allí sus mismas prendas: la inteligencia de la veteranía cuando la acompañan la generosidad y la lucidez, la observación sonriente de lo que parece maldad y con frecuencia es sólo majadería, la ironía bienhechora sin rastro de cinismo, la curiosidad y el arte del encuentro.

Bel Carrasco —lo verán en *ESPECIES URBANAS*, esta selección de su blog— es una andarina cualificada, una animalista con fundamento y una feminista racionante. Bel resiste muy bien la tentación del púlpito gracias a sus piernas de paseante y corredora: sus crónicas están llenas de bocados de realidad, de personas y hechos auténticos, de personajes que van y vienen y que ella aborda, a menudo, con ternura y compasión. Son crónicas encarnadas, no porque sea muy roja sino porque repudia los excesos doctrinarios y las abstracciones y sabe que en cualquier envite hay un factor humano que no hay que perder de vista.

Así, la periodista se va fijando en que el cauce del Turia no tiene urinarios (salvo que nos visite el Papa), que la vida del vendedor de mercadillo es muy dura pese al cachondeo con el que pregonan el género, que en Valencia hasta los jardineros disponen de un arsenal de herramientas mecanizadas capaces de producir tanto ruido como una moto a escape libre. Que hacerse donante de órganos sólo puede ser un indicio de la

buena calidad de nuestra gente, que un poco de turismofobia es buena si sirve para corregir desmanes de todo tipo, que el retorno de la cantimplora limitaría la proliferación de los envases de plástico, que somos una civilización pendiente de las caquitas —de las que hacen nuestros chuchos o de las que se analizan, regularmente, para prevenir el cáncer de colon—, de la dignidad de nuestros perros y gatos ante la muerte, del origen casi sacro de la siesta incluida en la regla monástica de San Benito...

Como ven con semejante arsenal temático es difícil emitir «el tufo fanático» que, con toda razón, espanta a la autora. Ni confundir el amor a las luces con el faroleo que practicamos hasta hace bien poco cuando Valencia gastaba en alumbrado público el doble que Madrid, mucho más grande.

Otra palabra más acerca del influjo bienhechor de la imaginación sobre el periodismo, al menos sobre el periodismo de Bel Carrasco. Bel, nos regala, por el mismo precio, alguna fábula en la que, pongo por caso, Caperucita Roja reaparece con caperuza de camuflaje y gafas de visión nocturna. Es la misma periodista autora de dos novelas de policías y ladrones y de otros dos relatos fantásticos, la que gusta de tratar con novelistas, cómicos o libreros (fruto de esta preferencia es su libro sobre actor Quique Belloch), la que no ignora que la rama más importante de la cultura es la educación.

Es la primera vez que la colección «Papers de Premsa» reúne en un libro textos publicados originalmente en soporte digital. Que su autora sea una mujer, una compañera competente y sabia, le da el doble de sabor a la primicia. Que lo disfruten.

EMILI PIERA

Con la tienda a cuestas

Salir de esas burbujas herméticas y asépticas que son los centros comerciales, bajar a la calle, y descubrir los mercadillos ambulantes es toda una experiencia urbana, una lección de sociología barata. Como viajar hacia atrás en el tiempo para sumergirte en un zoco árabe o un mercado medieval habitado por figurantes del siglo XXI. Si no fuera por la indumentaria del paisanaje, da la impresión de haberse colado en el rodaje de una película histórica. Otra época, pero la misma gente, y la misma necesidad de aprovisionarse de objetos y enseres diversos.

Con su tienda a cuestas, los vendedores ambulantes se concentran cada día de la semana en una zona distinta de la ciudad. De lunes a viernes: Russafa, Jerusalén, Avenida del Cid, Cabanyal y Benimaclet, entre otros barrios. Se desplazan a bordo de camionetas y furgonas, y en un periquete, montan el quiosco, tableros sobre borriquetas, toldos, y una silla plegable o taburete casi siempre incómodos. Dos por dos metros de media mide cada puesto. Escaparatismo minimalista. Lujos cero. Un rastro de suciedad cuando los comerciantes nómadas levantan el vuelo.

No se puede esperar de sus productos calidad, diseño, ni I+D, naturalmente, pero sí un derroche de variedad y, a veces, ese cierto encanto que emana de lo cutre y lo hortera si se elige libremente y no por necesidad ineludible. Los puestos suelen ser monotemáticos, y así, si exponen zapatos venden sólo zapatos, o bien bolsos, sólo bolsos, ropa para el hogar, prendas interiores, medias y calcetines, bufandas, pañuelos, macetas, carros de la compra... Casi todo de todo.

El ajeteo y alegre bullicio que se respira en cualquiera de estos mercadillos a primera hora de la mañana, contrasta con las historias tristes que cuentan los vendedores. La de Jacobo, que heredó el oficio de su padre, ahora gravemente enfermo, al que no puede cuidar debida-

mente. O la de Rosa, veinte años en la calle con sus cortinas y colchas, que tiene que mantener a un hijo en paro y a su familia. «Esto es un trabajo de pobres que sólo da para hambrear», comenta Ricardo, otro veterano de los mercadillos, dedicado a las camisas de hombre, aunque ha vendido otros muchos productos. «Entre lo que pagamos de autónomos, las tasas del Ayuntamiento y el gasoil, no nos queda ni para pipas, y algunos meses no vemos un duro», se lamenta.

La fuerte muralla competitiva que han levantado los chinos y la crisis tienen a los ambulantes con el agua al cuello...y los precios por los suelos. Cinco, tres, dos euros. Una subasta a la baja, como las de las lonjas de pescadores gallegos. En ese ambiente no es extraño que anide la picaresca, y broten tenderetes que ofrecen ropa a precios tan inverosímiles que despiertan la suspicacia del personal. ¿Robada de los contenedores para los más pobres todavía?

A pleno sol y bajo la lluvia, a pecho descubierto, los vendedores trotacalles con la tienda a cuestras aguantan el tirón como pueden. Un oficio familiar que pasa de padres a hijos, de barrio a barrio, de día a día. Tristes historias de alegres mercadillos ambulantes. La eterna historia de cómo sobrevivir cuando vienen mal dadas.

28 de octubre de 2011

Corredores nocturnos

Una oleada de corredores a todo color tomó el domingo pasado las calles de Valencia en la XXXI Maratón Divina Pastora. Cada vez hay más eventos saludables de este tipo, desde la tradicional *Volta a Peu* a la Carrera de la Mujer contra el Cáncer, y aunque la mayoría de los participantes se apuntan de forma puntual por simpatía y para llevarse una camiseta de regalo a casa, es una tendencia muy positiva. Pero los que tienen verdaderamente mérito son los corredores nocturnos que desafían el frío y la humedad, y el cansancio de la jornada para lanzarse cada noche cual Filípides anónimos a su pequeño maratón particular.

Los veo cuando vuelvo a casa pasadas las 21 horas, me adelantan en grupos o en pareja, charlando entre ellos como si nada, como si pasaran tranquilamente en vez de correr; en solitario, con los pinganillos en la oreja, aislados del mundo en su propio espacio sensorial. Unos son gamos y gacelas, que parecen volar sin que los pies toquen el suelo, otros se lo toman con calma y avanzan lentos y seguros a grandes zancadas. Los veo pasar ante mí con una mezcla de sana envidia y complicidad porque hubo un tiempo, no hace mucho, que yo formaba parte de esa tribu de los correcaminos nocturnos.

Cuando llegaba la hora, un impulso irrefrenable me llevaba a calzar las zapatillas, colgarme la riñonera con la música y las llaves, y bajar al río cuando ya la mayor parte de la gente lo había abandonado y se podía disfrutar de una agradable sensación de privacidad. Y es que el ejercicio es una saludable droga que engancha muy fuerte. Quienes la consumen conocen bien la embriagadora corriente de euforia y bienestar que las endorfinas difunden por la sangre.

Mientras te mueves, el pensamiento fluye libremente sin atascos ni semáforos, parece que las preocupaciones y miserias que quedan atrás. Pero no todo es un camino de rosas. El factor esfuerzo, disciplina

y superación es indispensable para mantener el ritmo, incluso en los que somos de naturaleza nerviosa, propensos al movimiento. Los que practicamos cualquier tipo de ejercicio de forma sistemática deberíamos tener algún tipo de compensación social. ¿Desgravaciones fiscales? Una idea digna de estudio para el nuevo Gobierno aunque Rajoy no parece tan deportivo como Aznar.

En esta sociedad envejecida y sedentaria el ejercicio es mucho más que una forma de ocio o disfrute personal. Debería ser una medicina preventiva de uso generalizado, mucho más apoyada de lo que está por las instituciones. Se ha avanzado bastante en este terreno, cierto, pero queda mucho por hacer, sobre todo, teniendo en cuenta esa peligrosa epidemia de obesidad infantil que viene desde Estados Unidos.

Hay que inculcar a los niños la idea de que ejercitar el cuerpo cada día es tan indispensable como comer, dormir o estudiar, que es necesario practicar algún tipo de deporte o actividad física. No se trata de machacarse a lo bestia como lo hacen los deportistas profesionales, naturalmente, sino de hábitos tan simples como redescubrir el placer de pasear, ya algo obsoleto en esta sociedad sobre ruedas, subir y bajar escaleras, apuntarse a un club de baile, lo que sea. Abaratar los artículos deportivos, algunos escandalosamente caros, fomentar la creación de centros de entrenamiento, intensificar la gimnasia en las escuelas. Hay mil maneras de hacer que la gente corra de forma metafórica y literal sin necesidad de soltar toros bravos por las calles. La meta no es la medalla o el podio sino la salud, el mejor premio al que se puede aspirar mientras una gota de vida te alimenta.

3 de diciembre de 2011

Psicología del gran evento

Cada dos por tres surge la polémica sobre los grandes eventos. Se analiza si favorecen o perjudican a la ciudad, y se airean cifras mareantes, como los 40 millones que cuestan sólo los dedicados al motor. En consecuencia, el personal toma posiciones según sus gustos personales y según le vaya en esta feria de las vanidades. Lo que todavía queda por desvelar es en qué cimientos profundos de la sociedad valenciana se asienta esa firme apuesta, lo que se podría llamar la psicología del gran evento. No soy yo quien va a sacar ese conejo de la chistera, pero con la desfachatez que caracteriza a los periodistas, sí me atrevo a dar algunas pistas.

Imaginemos la ciudad como una gran y festiva familia que posee una espaciosa vivienda bien comunicada, con vistas al mar, y bellos jardines alrededor. Una casa peculiar con maravillosas estancias en la planta noble que conservan en su interior tesoros históricos y artísticos de incalculable valor, y otras espectaculares, diseñadas según las últimas tendencias con los más sofisticados materiales. En contraste, muchas habitaciones de otras plantas se encuentran bastante deterioradas, descuidadas, incluso en estado lamentable, aunque eso pasa en las mejores familias.

Es lógico que los habitantes de la mansión deseen mostrarla a todos los vecinos y foráneos, organizar magníficas fiestas y saraos, con gran despliegue de gastronomía, luminarias, música y castillos artificiales. Lo que chirría con la lógica es que para ello tengan que desembolsar importantes cantidades de dinero a terceras personas. Los invitados, que son gente educada, suelen venir cargados de obsequios y presentes, pero da la casualidad que siempre son los mismos, los niños mimados de la casa, los que se quedan con ellos. Los demás, mientras aguantan las incomodidades del festejo, multitudes y ruidos que impiden el

descanso, pasan la mano por la pared a la espera de que los beneficiados les lancen algunas migajas.

Si esta metáfora casera no es de su agrado sólo hay que volver a los clásicos, a Don Vicente Blasco Ibáñez sin ir más lejos, y a una de sus novelas más valencianas entre todas las valencianas, *Arroz y tartana*. Su protagonista Doña Manuela, Viuda de Pajares, magistralmente interpretada por Concha Velasco en la versión fílmica de José Antonio Escrivá, es el epítome de este espíritu valenciano. Por mor de dar buena imagen para encontrar maridos de postín para sus dos hijas, la señora se adeuda hasta llegar a la ruina más infamante.

El deseo de figurar, hoy se dice estar en el mapa del mundo, de notoriedad, de conjurar ese complejo provinciano de ser la tercera capital, eclipsada por Madrid o Barcelona. Aquí se hace todo a lo grande, ande o no ande. Haría falta recordar que la ciudad no es una marca que se tenga que vender en el mercado del *show bussines*. La ciudad es el hogar de quienes la habitan y la hacen posible día a día con su esfuerzo. Si resulta agradable para ellos, los demás vendrán a conocerla sin necesidad de que nadie les invite. Evidentemente, los avatares de una ciudad no se puede comparar con el comportamiento de una festiva familia o de una viuda irresponsable, pero en la psicología del gran evento que hoy se promueve con tanto énfasis desde los estamentos públicos late la misma pulsión centrífuga y superficial. Y a lo grande, con monumentales cifras de muchos ceros.

29 de diciembre de 2011

Te doy mi corazón

Una luz brilla en medio del sombrío panorama que ofrece la sanidad. A trasplantes no nos gana nadie. El pasado año España batió un récord mundial, con 4.200 intervenciones posibles gracias a 1.600 donaciones de órganos, una práctica que va en aumento, 35,3 personas por cada millón de habitantes. Un hospital de Oviedo ocupa el hit con 50 donantes y La Fe es líder nacional en trasplantes de hígado y corazón.

Me vienen a la mente dos películas que tratan el delicado tema de los trasplantes con sensibilidad e ingenio. *Deuda de sangre*, basada en una novela de Michael Connelly en la que Clint Eastwood interpreta a un veterano policía que investiga el asesinato de una mujer latina cuyo corazón late dentro de su pecho y le permite seguir con vida. *21 gramos* (presunto peso del alma) de Alejandro González Iñárritu también es un emotivo argumento que entrelaza los destinos de un hombre (Sean Penn) y una mujer (Naomi Watts), el que ha ganado y la que ha perdido en ese tremendo trueque vital que es un trasplante. Y supongo que no serán estos los únicos filmes inspirados en un tema de tanta hondura humana.

Y es que las vísceras mandan y marcan, son las intérpretes de la sinfonía de la vida, y basta que una falle para que el concierto desafine. El hígado es lo primero que se comen los depredadores tras abatir a su presa, por su elevada concentración de vitaminas. Los que van de gourmets como Hannibal Lecter, prefieren los riñones salteados al ajillo con un buen Chantilly, y los sacerdotes aztecas arrancaban el corazón de las vírgenes sacrificadas para ofrecerlos todavía calientes a sus dioses.

Extraer los pulmones del cuerpo del enemigo muerto y colocarlos en la espalda a modo de alas era una de las prácticas guerreras de los pueblos celtas y otras sanguinarias tribus europeas. Y lo de comerse el

cerebro o los testículos del enemigo para adquirir sus conocimientos y potencia sexual tampoco estaba mal visto en su época.

Los humanos estamos muy familiarizados y pendientes de la piel, que también es un órgano y de los más resistentes. La mimamos con champús de mil aromas, cremas y aceites corporales, unos injertan en ella sustancias rejuvenecedoras, y otros la planchan en las mesas de los cirujanos plásticos. Sin embargo, vivimos ajenos a los órganos internos, incluso produce cierto rechazo pensar en un estómago lleno de comida a medio digerir, y no digamos en los intestinos por los que discurren las heces en lento avance hacia su destino final por la evacuación.

El Supremo Diseñador debería habernos puesto en abre fácil, una especie de velcro o cremallera a lo largo del pecho, para tener una visión directa de nuestras interioridades. Pero tal vez mejor que no se le ocurriera la idea, pues si ya hay muchos que se pasan la vida mirándose el ombligo, ¿que pasaría si la gente pudiera observar la evolución cromática de su páncreas a lo largo del día? Hipocondriacos a porrillo asaltarían los ambulatorios en masa y el absentismo laboral crecería de forma alarmante.

Los trasplantes que hoy nos admiran son sólo un balbuceo, un primer paso hacia el trasplante total, antesala de la inmortalidad. También el cine ha explotado esa vena, en *La Isla*, con una organoléptica Scarlett Johansson, concebida al igual que sus compañeros como seres clónicos para reponer las piezas averiadas de los ricos que pagaron grandes sumas por tener un replicante a modo de kit de repuestos. Quizá nuestros biznietos guarden en el frigorífico una colección de órganos, envueltos en papel albal, junto a los yogures y vivan no sé cuántos años. Pero de algo tendrán que morirse, digo yo. Y esperemos que no sea de puro aburrimiento

17 de enero de 2012

Jóvenes airados

Que los jóvenes salgan a la calle a protestar cuando tienen buenas razones para ello es una buena noticia. Al margen de los daños colaterales, la actuación excesiva de la policía, la mala gestión de la crisis por parte de los responsables y el intento de la oposición de capitalizar la energía de los airados.

Nadie con dos dedos de frente desea que el descontento degenera en revueltas y actos de vandalismo protagonizados por encapuchados que se dedican al saqueo. Pero manifestarse de forma pacífica es un síntoma de madurez y salud democrática, que la democracia es mucho más que pagar religiosamente los impuestos y votar cada cuatro años con el ceño fruncido porque se hace sin ilusión, al candidato que parece menos malo, o para penalizar la desastrosa actuación del anterior gobierno.

Está en la naturaleza de la juventud el impulso de rebelarse, dar la vuelta a la tortilla, luchar por una sociedad mejor. Lo hicimos los que hoy somos o podríamos ser abuelos cuando tuvimos que hacerlo, y los grises nos pusieron morados, pero las últimas generaciones de jóvenes españolitos parecían amodorradas en una especie de limbo de falso bienestar. Pensión completa en casa, tolerancia absoluta de costumbres, y algún curro para pagarse la moto, los viajes y las fiestas de fin de semana.

Ahora los hijos de la primera crisis del siglo le ven las orejas al lobo, y lo cierto, es que son unas orejas muy grandes imposibles de disimular bajo la cofia de la yaya de Caperucita Roja. No se trata sólo de los recortes en la educación sino de un panorama general tan desalentador que invita al desaliento y al desánimo.

Como dice el filósofo Marina, la educación no es tarea exclusiva de la escuela o de los padres sino de toda la tribu, desde los medios de comunicación a las personas públicas que deberían ser modelo de con-

ducta. ¿Y qué enseñanzas nos brindan estos últimos? La Universidad Internacional del Choriceo y la Corruptela, con diversas facultades especializadas en Ineptitud, Amiguismo, Despilfarro, y el máster final de demagogia barata que, a la postre sale muy cara.

El último escándalo que ha estallado esta semana sobre una trama que desviaba fondos destinados a las ONG podría inspirar un cursillo acelerado. Cómo convertirse en Anti Robin Hood, robar a los más pobres del planeta para ser todavía un poco más rico. Seminario de profundización en las raíces de la picaresca «cómo mangonear y mangar al mismo tiempo sin perder la sonrisa ni el sueño». El listado de asignaturas que nos proponen algunos de nuestros próceres es una delicia pedagógica, una sublime lección de ética. ¿Quién quiere hacerse mayor y de provecho en un mundo gobernado en parte por indeseables?

«Es terrible estudiar sabiendo que no va a servir de nada», decía a este periódico Paula Sáez, una joven valenciana de 24 años que estudia dos carreras, Derecho y ADE, y por si fuera poco, ha publicado un par de libros de ciencia ficción para jóvenes. No todos pueden alcanzar ese nivel de excelencia, claro está, fruto de una madurez precoz, cabeza bien amueblada, y favorables condiciones sociales. Sería incluso agobiante, empalagoso, que todos los jóvenes tuvieran tan brillante trayectoria. Pero sin llegar a ese nivel, hay muchos, muchísimos jóvenes más que suficientemente preparados, bloqueados ante un futuro de puertas y ventanas cerradas.

Buscarse la vida fuera de España, como cada vez hace más gente, es una opción digna, pero no debería ser obligada por las circunstancias sino voluntaria, como un complemento vital para ensanchar los horizontes personales. Una experiencia de enriquecimiento no un exilio.

Salid a la calle pues, jóvenes airados, pero con la cabeza despejada y los pies bien plantados en el suelo. Demostrad que no sois vándalos incontrolados, pero tampoco corderos que se dejan llevar mansamente al matadero.

25 de febrero de 2012

Motos mutantes

La crisis ha tumbado un centro de estudios de contaminación acústica que proyectaba el Ayuntamiento con un presupuesto de un millón de euros. No se preocupen. Sin cobrar un euro, por amor al silencio, propongo una medida bien fácil de aplicar y muy de agradecer, la erradicación total de las motos mutantes con licencia para molestar. No es la única fuente de decibelios en una ciudad donde, pese a la crisis, proliferan las obras públicas y privadas. Incluso los jardines se ven contaminados por la actividad de corta céspedes, sierras mecánicas y esas horribles escobas neumáticas. No, las motos trucadas no son la única fuente, pero sí la más irritante porque el ruido que producen es completamente gratuito e innecesario.

No hacen falta mapas acústicos, ni sonómetros ni más gaitas. Cualquier ciudadano de pie y de oreja puede constatar que ellas son los peores demonios en el infierno sonoro de la gran ciudad. Son sólo un pequeño porcentaje sobre el total, pero una sola basta y sobra para despertar a miles de personas cuando surca las calles en medio de la noche. ¿Por qué esos oscuros jinetes poseen patente de corso para molestar impunemente?

En el parque de motos mutantes destacan las de gran cilindrada, tuneadas con tubos de escape concebidos para ganar algo de velocidad a costa de producir un estrépito ensordecedor. En otro apartado, los *scooters* trucados que también alcanzan niveles de agudos muy irritantes, las que van a escape libre o las que llevan los tubos tan viejos que parecen a punto de explotar.

No hay que gastar dinero en estudios, ni en mapas acústicos, se trata de una simple cuestión de educación, el viejo principio de no molestar. Lo que sí podría tener cierto interés antropológico, sería un estudio que analizara del perfil de los propietarios de estas máquinas

mutantes. Intuyo que se trata de personas con graves carencias de diversa índole cuya única válvula de escape es hacerse notar, y cabalgar sobre un ruido es la única manera a su alcance de lograr ese objetivo. Claro que ellos no son realmente los culpables, sino la sociedad que permite su diario y omnipresente estallido. Si se ha conseguido que los motoristas lleven casco, ¿por qué no se elimina esa plaga tan sonora y conspicua? Ni siquiera hace falta oírlas, incluso aparcadas, los tubos de escape que exhiben denotan que vulneran de forma flagrante la ley.

Un caso aparte que me inspira total perplejidad es el de las míticas Harley Davidson, codiciadas monturas mecánicas. No es extraño que esos ostentosos y atronadores artefactos circulen por España, el país más ruidoso del mundo con Japón. Lo intrigante para mí, es que lugares más civilizados y restrictivos al respecto permitan su existencia, incluso en bandadas como los Ángeles del Infierno. La única explicación que se me ocurre es que esa tolerancia selectiva es una especie de homenaje a los que tan bien imitaron la voz del trueno que a lo largo de milenios hizo temblar al hombre.

16 de abril de 2012